



## **La gran invasión**

### **Un hecho real**

Corría el mes de agosto de este año, camino bien de prisa hacia su final, cuando en pleno período vacacional la estancia en los pueblos de la Sierra tanto apetece y tira de los sentimientos hacia el terruño, cuando se abren por igual todos los sentidos al disfrute generoso de cuanto a uno le sale al paso.

Era una tarde esplendorosa y bella de esas que incitan al paseo, cuando el sol se resiste a morir por allá arriba y lanza sus poderosos rayos en noble pelea con la nube que le sale al paso y lo empuja amorosa tras las lomas. Ambiente húmedo y la tierra obsequia con el perfume agradable que le pusieron las gotas caídas horas antes, aprendizas de grandes chaparrones que llegarán en días sucesivos.

Una carretera que abandona con infinita bondad el pueblo como si le diera apuros salir de él, que transcurre en más de dos kilómetros casi paralela a este bonito aprendiz de río al que los bezanos llamamos regajo, casi seco en este estío feroz y desconsiderado; con alguna que otra charca a los costados en las heridas que el hombre causó a la tierra, hasta penetrar monte arriba en los incomparables y bellos parajes de Las Tajadas y Dornaque, con una Fuente Buena que es la mejor. Mientras, pasado el pueblo trepa suavemente, silencioso, porque roza tierra sagrada para los bezanos,

hasta los llanos, camino de nuestro vecino y bien querido Campillo y Teruel.

Estamos en una tierra pobre pero generosa, que atesora bondades para el cuerpo y para el alma, deseosa de poder dar felicidad; pero donde casi todo lo que nos rodea, lo físico y las voluntades, son aprendices de algo; hasta lo puramente etéreo se torna huido a la sutileza con que uno pretende a veces adueñarse de él para el propio deleite.

Aprendiz de río este magnífico regajo, de bucólicos recuerdos de cuando en él podía uno bañarse, que en sus buenos tiempos traía periódicas balsadas, cuando funcionaba el molino; y grandes sobresaltos con sus tremendas riadas, cuando se pone fura la rambla de la Pasadilla y el Barranco de las Canales.

Aprendiza de lago esta preciosa laguna cuajada de flores y de ranas, patos y otras diversas especies, que al amanecer de cualquier día de verano es una delicia contemplar.

Aprendices de montañas, en la pura acepción de la palabra, nuestras lomas, nuestros cerros y montes, a los que igual se trepa con tremendas dificultades que se sube suavemente.

Aprendiz de ciudad mi pueblo, permítaseme el símil, con sus bellas y limpias calles, sus bonitas construcciones, su infraestructura pionera.

Aprendices en suma fuimos también nosotros, nuestro pueblo, de algo que la vida y cortedad de los hombres truncó, siendo por mucho tiempo una zona fabril, que no pasó de eso, de aprendiz.

Hay algo genuinamente connatural a las personas y los entornos que las rodea, que se repite una y otra vez, en un aprendizaje incesante que uno ignora a qué puede conducir y a qué se debe.

Así, no dejaría de causar sorpresa y asombro, hasta incredulidad a más de uno, lo acaecido sobre el día 17 de agosto, cuando en su regreso a casa por la tarde, carretera abajo o arriba que sale o conduce a Bezas y dentro del mismo pueblo, pudieran contemplar el impresionante espectáculo, de ranitas dando saltos, todas en la misma dirección, como dispuestas a una invasión, en número imposible de precisar, en la línea longitudinal descrita antes, a todo lo largo de la carretera, desde el mismo pueblo hasta las cercanías de Dornaque. Más de uno al leer esto recordará tan bello espectáculo.

Los encantadores batracios, que no se sabe por qué salieron de su hábitat y se echaron al monte, hicieron las delicias de los abundantes paseantes de la colonia de veraneantes de Bezas y sobre

todo de la gran chiquillería, que pudieron atraparlas sin esfuerzo alguno y en la cantidad deseada, en la carretera, en las calles de la población y en los mismos pisos, donde llegaron a meterse en las bañeras.

Quienes contemplamos esta pacífica invasión, que por lo numerosa sobre todo nos causó una gran impresión, somos incapaces de explicarnos el motivo que pudo impulsar a estos animalitos a lanzarse al campo más estéril y agresivo, abandonando sus charcas en este éxodo tremebundo que terminaría en un holocausto seguro, una muerte horrenda.

Y por supuesto no seré yo quien caiga en la fácil tentación de creer que esa invasión de ranitas, ya muy majas y desarrolladas, que croaban al saltar como entonando un canto litúrgico durante su marcha a lo inalcanzable, procedan de las recientes lluvias, como alguien dejó entrever, como se ha afirmado que ha ocurrido en ocasiones anteriores y en otro lugar no muy lejano, que no es caso de tratar aquí.

Para los bezanos mayores no es una novedad, sí para nuestros hijos, pues de siempre hemos conocido este tipo de fenómenos, aunque no de semejantes dimensiones. Nuestra preciosa laguna, a unos cuatro kilómetros del pueblo, ha sido siempre semillero de ranas y por sus inmediaciones, incluso distantes de la gran charca, en días húmedos y por los atardeceres y noches de primavera y verano, por pleno pinar, se han paseado las ranas, en sus aventuras difíciles de imaginar por lo abrupto del terreno. Ranitas pequeñas, pero sobre todo ranas hermosas, que los bezanos ya cogían y luego bien fritas las ancas les servían de succulenta merienda o cena.

Este es un fenómeno digno de estudio, que posiblemente ya es conocido y ha sido estudiado. ¿A qué obedece pues que estos animales tan pacíficos abandonen el agua y se echen al monte a una muerte segura?

Para mí el origen de las ranas era la laguna de Bezas, ya que entre la laguna y el pueblo se pudieron ver, todas en dirección Bezas, llegaron al regajo y lo atravesaron hasta la carretera y el pueblo. Que también se incorporaran ranas del regajo puede ser, pero la mayoría debían proceder de la laguna, ya que son más oscuras por proceder de agua más sucia seguramente.

Queda totalmente descartada la procedencia de una tormenta, por razones obvias y comprensibles, ya que el fenómeno no se produjo durante las lluvias, sino muchas horas después y además las ranitas estaban todas con una tremenda vitalidad, por lo que, a lo mucho que cuesta entender que cayeran durante la lluvia, habría que despejar

también la siguiente duda, ¿cómo descendieron de las alturas para llegar todas sanas al suelo dada su fragilidad?

Este singular fenómeno se repitió también pasados dos o tres días, pero ya en menor cantidad, por lo que es de suponer que se trataba de ranitas que quedaron escondidas durante el día bajo las piedras y la yerba. Su destino no podía ser el regajo, porque la poca agua que lleva y solo en algunos trayectos, habría quedado llena de ranas y no fue así; en el cauce por el mismo pueblo, que es donde más agua hay, el número de ranas, después del fenómeno, apenas aumentó. Caben otras hipótesis, como que el gran número de ranas existente en la laguna les obliguen a salir y caminar sin destino fijo bajo ciertas condiciones meteorológicas o bien que bajo ciertas condiciones meteorológicas y períodos determinados de tiempo, se altere su metabolismo y dé lugar al fenómeno.

Lo cierto es que lo ocurrido fue una bonita experiencia vivida por la gente que no conocía los fenómenos curiosos que aún es capaz de obsequiarnos la naturaleza. En suma un gratísimo recuerdo del verano vivido en el pueblo, donde a falta de otro tipo de expresiones más mundanas a las que el más pequeño capitalino se acostumbra desde que sabe andar, desde que es un renacuajo de persona, fueron divertidos espectadores de tan bello acontecer de la naturaleza, que generosa les brindó para que sus sentidos contemplaran y pudieran retener para sí algo tan bello y tan difícil de contemplar.

A los bezanos nos hizo mucha gracia y disfrutamos con esta pacífica invasión de ranas, de ranas nuestras, que parece ser vinieron a saludarnos en este año que por fin la laguna está casi llena y la vida ha vuelto a ella. Ya he dicho que otras veces también las vimos por el monte.

Lo que seguiremos sin comprender es por qué estos simpáticos animalitos, con los que tan familiarizados hemos estado desde niños y tan intrigados nos tenía su metamorfosis, se lanzan a un suicidio seguro de esta forma colectiva. La carretera fue su tumba para una enorme cantidad, bajo las ruedas de los coches; devoradas por las aves otras, tendidos sus cuerpecitos secos por el sol las que quedaron. Triste destino.

Publicado en el Diario de Teruel el 27 de septiembre de 1.990

NOTA DEL AUTOR: Puede que este fenómeno sea de lo más natural, lo produzcan las tormentas. Ocurre que por aquí estamos casi obsesionados con nuestra Laguna, y tenemos conocimiento de que en épocas de grandes lluvias y largos periodos húmedos, las ranas de la Laguna salían por los prados, pinares y barrancos cercanos.